

Me felicitaron por mi premio y me preguntaron si realmente había sido entregado, ya que pensaron que podría haber caído en una broma. Cuando les aseguré que sí, dijeron que querían ayudarme con cualquier gasto que pudiera haber relacionado con el piano. Procedieron a darme un cheque por \$450, lo suficiente para el diezmo del piano y el diezmo de su regalo, ¡con \$5 de sobra!

Estaba extasiado. Pero esa noche le recordé a Dios: "Aún tienes que encontrarme los fondos para el segundo diezmo". ¡Y lo hizo! A partir de ese mes de enero, recibí un aumento de sueldo de \$50 por mes, que utilicé para pagar mi promesa.

Una Lección Grande de la Vida

Han pasado más de 30 años, pero todavía aprovecho esa experiencia en la cima de la montaña.

Aprendí que las oraciones que el Espíritu Santo nos inspira a orar siempre son respondidas. Fortalecen nuestra fe y nos dan un testimonio para compartir.

Pero, sobre todo, aprendí que Dios es un Dios personal. Mis oraciones no se comparan con las necesidades del mundo: "Las relaciones entre Dios y cada alma son tan distintas y completas como si no hubiera otra alma en la tierra para compartir Su vigilancia, ni otra alma por quien Él dio a Su amado Hijo" (*Pasos a Cristo*, p. 100).

Ha habido otras ocasiones en mi vida en las que he orado fervientemente por cosas mucho más importantes que un piano y Dios dijo que no, pero mi fe de esa primera experiencia me ha ayudado, porque cuando Dios dice: "Pruébame en esto, 'Él está diciendo: 'Confía en mí'. Nos invita a tener una relación personal con Él. Si nos deleitamos en Su presencia, Él cumplirá Su promesa y no sólo suplirá nuestras necesidades, sino que nos dará los "deseos de nuestro corazón".

Aprendí que las oraciones que el Espíritu Santo nos inspira a orar siempre son respondidas. Fortalecen nuestra fe y nos dan un testimonio para compartir.



ACERCA DE LA AUTORA

Nancy Costa trabaja en la sede de la Asociación General de Adventist World Radio, como coordinadora de comunicación con los donantes y asistente ejecutiva del presidente.

Distribuido por:
Departamento de Mayordomía
de la Asociación de las
Montañas Rocosas
Director: Doug Inglis

Publicadores:
Departamento de Mayordomía
de la Unión del Pacífico
Diseño: Stephanie Leal
Editorial: Bernard Castillo

Menú del MAYORDOMO

COLECCIÓN DE IDEAS PRÁCTICAS para ser mejores mayordomos.

FEBRERO 2021 • VOLUMEN 26, NÚMERO 2

LA EXPERIENCIA

QUE DIO FORMA A MI FE

POR NANCY COSTA

Yo era un adolescente cuando descubrí por primera vez el Salmo 37: 4: "Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón". Esto atrajo a mi yo más joven, e inmediatamente lo adopté como mi texto favorito.

Luego, unos años después, noté un mensaje de texto que había ignorado hasta que comencé a ganarme la vida: Malaquías 3:10, que dice: "Trae todo el diezmo al alfolí. . . "Pruébame en esto", dice el Señor. . . 'y veré si no derramo tanta bendición que no haya espacio suficiente para almacenarla' ".

Me encantó la idea de que podía probar a Dios y disfruté escuchar cómo otros lo habían hecho, pero mi propia experiencia de vida era limitada, y mi fe era más teórica que experimental.

Pero fue en mis 20 años como esposa de un pastor recién casada, y al comienzo de nuestro ministerio, cuando Dios decidió enseñarme una lección sobre la mayordomía que moldeó nuestro ministerio y mi fe en los años venideros.

Dónde empezó todo

Nuestro primer año en el ministerio fue difícil. A través de una serie de circunstancias increíbles, llegamos recientemente a los Estados Unidos desde Argentina y pastoreamos con un salario estipendio. El



iStock.com/Tutye

LA MAYORDOMIA es un estilo de vida total. Abarca la salud, el tiempo, los talentos, el ambiente, las relaciones, la espiritualidad y las finanzas.

dinero era escaso, así que conseguí un trabajo como recepcionista en un concesionario de automóviles local, pero todavía apenas podíamos llegar a fin de mes.

Se acercaba la Navidad, y un día escuché que una estación de radio local regalaría un piano Baldwin nuevo de \$4,000. Todo lo que tenía que hacer para calificar era escribir mi nombre y dirección en una tarjeta de 3 "x 5" y enviarla a la estación.

Inmediatamente, quise ese piano con un deseo feroz. Desde ese día en adelante, eso es todo lo que pude pensar.

Envié mi entrada, y todas las mañanas y noches, oraba, pidiéndole a Dios ese piano. Discutí con Él: ¿Quién haría mejor uso de un piano que yo, la esposa de un pastor? Imagínese lo que esto podría hacer por nuestro ministerio, ¡por su trabajo, Dios! Había ansiedad en mi alma, como si el resultado dependiera de que yo presentara un buen caso ante Dios.

Entonces, una noche mientras oraba, se me ocurrió el pensamiento, casi como si alguien lo hubiera dicho en voz alta: ¿Cómo devolverías tu diezmo por tal regalo?

Me detuve en seco en mi súplica, asombrada de no haber pensado en eso antes, y también desinflada, sabiendo que sería imposible. Esto fue hace 30 años y nuestro escaso presupuesto no podría soportarlo. Luego estaba el tema de las ofrendas. Nuestra pequeña iglesia tenía muchas necesidades y nos habíamos comprometido a ayudar con un segundo diezmo.

Una calma descendió sobre mi alma cuando me di cuenta de que esto estaba fuera de mis manos. No dependía de mí. Dios tendría que hacer esto, todo. Finalmente dije: "Dios, si quieres que tenga el piano, también tendrás que proporcionar los fondos para los diezmos".

Después de eso, mi ansiedad desapareció y estaba en paz. Todavía oraba todos los días, pero ahora se lo dejé a Dios.

Finalmente dije: "Dios, si quieres que yo tenga el piano, también tendrás que proporcionar los fondos para los diezmos".



¿Oración respondida?

Llegó el día del dibujo y traje una pequeña radio al trabajo. Tenías que escuchar para ganar, y se lo expliqué a mis desconcertados compañeros de trabajo. Ellos sonrieron con indulgencia y me pusieron directamente en los sorteos, explicando que era un novato y no entendía, pero que habían estado jugando durante años sin resultados. Sin embargo, no me desanimé, confiaba en que Dios obraría en mi favor.

Se entregarían muchos premios más pequeños durante el día. Las probabilidades de que saliera mi nombre eran escasas, y más aún para el gran premio: mi codiciado piano. Cada vez que llamaban a un nombre por un premio menor, contenía la respiración, esperando que no fuera yo.

Finalmente, alrededor del mediodía, el locutor de radio anunció que había llegado el alcalde de la ciudad. Él personalmente dibujaría el nombre del gran premio. Hubo una pausa y luego dijo: "¡Tenemos un ganador!" Leyó el nombre ... pero no era mi nombre.

Me sentí aturdido, desinflado y avergonzado. Estaba tan seguro, pero ¿qué derecho tenía realmente a pedirle a Dios tal regalo? ¿No había necesidades más urgentes en el mundo? Hambre, enfermedad, guerras y sufrimiento. . . ¿quién era yo para pedir un piano?

"Señor, perdona mi presunción", susurré mientras alargaba la mano para apagar la radio. Pero luego me detuve. ¿Qué estaba diciendo el locutor? "El ganador no ha llamado, así que sacaremos otro nombre".

Después de una breve pausa, dijo: "¡Si vives en esta dirección, eres el nuevo ganador!" ¡Leyó mi dirección! Irrracionalmente, pensé: "¿Podría alguien más tener mi dirección?"

Luego dijo: "Nancy Costa, ¡tienes cinco minutos para llamar a la estación de radio!"

Me temblaba la mano mientras marcaba el número. Parecía que no podía hacer que mi dedo aterrizara en las teclas correctas. Finalmente, pasé y pude confirmar mi victoria.

Unos días después, un piano nuevo y brillante llegó a nuestro pequeño apartamento. Todos estaban asombrados: mis compañeros de trabajo, la familia de nuestra iglesia e incluso nuestra familia en el extranjero. Estaba lleno de una abrumadora sensación de asombro y gratitud por lo que Dios había hecho por mí.

Una cuestión de diezmo

Todavía quedaba la cuestión no tan pequeña del diezmo. Pero no estaba preocupado. Le recordé a Dios nuestro trato: "Señor, recuerda la condición: todavía no tengo los fondos para tu diezmo".

Unos días después, el dueño del concesionario me llamó a su oficina. Era un hombre mayor y amable, pero valoraba su dinero y la gente no lo describiría como generoso. Cada año, como bono de Navidad, le dio a cada empleado un pavo congelado.

Cuando entré a su oficina, su esposa estaba allí y ambos parecían complacidos.

Las probabilidades de que saliera mi nombre eran escasas, y más aún para el gran premio: mi codiciado piano.